

considerable, que continuamente tuvo que estar allá el príncipe Ivan Lwoff encargado de la inspección de aquellos jóvenes, y aun se conservan las noticias ó relaciones que enviaba al Czar. Por ellas se sabe que se quejaba mucho de aquellos jóvenes, porque eran muy pendenciosos, contraían deudas y hasta llegaron á amenazar la vida de su inspector. Los navegantes que fueron enviados á Inglaterra cometieron muchos excesos. Lwoff pidió al Czar un plan de estudios, y este le contestó que durante el invierno se dedicaran á los estudios teóricos, y en el verano á la práctica de las expediciones marítimas. Un tal Golowin, joven subvencionado, decía en sus memorias, que había aprendido en los años de 1713 á 1715 que estuvo en Zandam y Rotterdam, el holandés, la aritmética y la navegación, y que luego continuó sus estudios en Rusia. Entre los compañeros de este se hallan los nombres de las primeras familias, de los Naryschkin, Golizyn, Dolgoruky, Buturlin, Prosorowsky, Scheremetyeff, Urussoff, etc. (1).

Pedro mandó al extranjero á sus parientes mas cercanos por parte de su madre, á los dos jóvenes Narychkin, y les dió cartas de recomendación para la reina Ana de Inglaterra (2).

Muchos de estos viajeros se creyeron muy desgraciados en el extranjero. Se lamentaban de la vida dura que llevaban, de sus inauditos trabajos, de la penosa y arriesgada tarea de marinos, y sobre todo de la molestia de tener que estudiar tambien latin. Nepluyeff y sus compañeros rogaron al príncipe Kurakin que se les dispensase de los ejercicios de baile, de la esgrima y de montar á caballo, alegando que eran estos completamente inútiles para el servicio debido al Czar (3). Pero éste pedía cuenta del progreso de cada uno de estos estudios, y como Pedro ejercía sobre ellos grande influencia, por no disgustarle tuvieron que aplicarse y perseverar constantes. Se supo que el Czar acostumbraba á leer las cartas que escribía el joven Sotoff á su padre, y alabó los progresos que aquel hacía, bebió á su salud y le escribió varias veces. Sotoff estuvo despues dos años en Francia inspeccionando á los rusos que allí se encontraban, facilitándoles su ingreso al servicio de Francia, proveyéndoles de dinero y dándoles buenos consejos.

Cuán instruido estaba, lo demuestran sus relaciones ó noticias, en las cuales trata entre otras cuestiones, de las político-comerciales que tan bien explica; sostuvo además negociaciones diplomáticas con los dignatarios franceses. En una de sus cartas, que dirigía al Czar, le exponía la necesidad de que los rusos se instruyesen en las cuestiones jurídicas, porque sin tales conocimientos, los empleados del almirantazgo serían inútiles: recomendaba al Czar que por mediación del metropolitano de Riasan, Estéban Yaworsky, escogiera unos tres «latinos» de la modesta clase media (la nobleza aborrece la instrucción, decía, y el pueblo bajo no piensa mas que en su estómago) y los enviase á Francia para que allí estudiasen teórica y prácticamente aquellas materias. Pedía por último mil perdones por la libertad que se tomaba en hacer tales proposiciones, hijas del buen deseo de ser útil al Czar.

Como se ve, había personas que participaban de las ideas del Czar, que conocían la importancia de la instrucción y su utilidad para el Estado. Como Pedro deseaba rodearse de buenos cooperadores y crear una escuela de hombres de Estado, no podía menos de mandar al extranjero á otros muchos

(1) Véase Pekarsky, «Ciencia y literatura», pág. 141-142.

(2) Así lo refiere Catalina II en su escrito «Antidote» dirigido contra Chappe D'Hauteroche. Véase la traducción rusa en el Magazin de Bartenyeff «El siglo XVIII», Moscú 1869, IV, 320.

(3) Archivo ruso, 1871, pág. 623.

rusos, no ignorando él lo mucho que había aprendido con sus viajes. De la necesidad de crear buenos y entendidos marinos y militares se originó la disposición de enviar á estudiar al extranjero. Pero despues no era posible limitarse á esto; y aunque muchos de los jóvenes se dedicaron á estudios náuticos y militares, hubo otros muchos consagrados á otros fines. En cada reforma que Pedro deseaba introducir en su patria, tenía necesidad de empleados inteligentes é instruidos, y de aquí que para cada arte ó ciencia que Pedro deseaba ofrecer á su pueblo, sintiera la necesidad de hacer nuevos envíos de rusos al extranjero.

En el año 1716, se dispuso enviar treinta ó cuarenta jóvenes á Koenigsberg para que estudiaran el alemán y pudiesen luego ocuparse en el nuevo sistema de administración de los colegios establecidos, según modelo de los de Suecia. Estos llevaron un inspector que vigilara sus estudios (4).

No bastó que un número determinado de rusos, durante la guerra de sucesión de España, bajo la inspección inmediata del ingeniero holandés Coehorn estudiaran los principios de la táctica militar y de la fortificación; que los hijos del príncipe Repnin aprendiesen el arte de la guerra bajo la dirección nada menos que de Eugenio de Saboya (5), y que se enviase á Holanda, Francia, Italia y España muchos que se dedicaban á la marina; había además otros fines ulteriores, y así fué que en 1719 se mandaron al extranjero mas de treinta jóvenes á estudiar medicina bajo la dirección del doctor Blumentros (6). Algunos agentes especiales recibieron el encargo de comprar libros que trataran de la marina y de traducirlos al ruso. A Holanda fueron tambien otros á aprender la construcción de canales, y á instruirse en la manera de hacer los puertos, astilleros y otras construcciones semejantes (7). Uno fué enviado á Inglaterra para aprender la fundición de cañones, cosa que le fué muy difícil, por ciertos secretos que guardaba aquella nación.

La variedad de los fines á que obedecían los viajes fué siempre en aumento. En el año 1716 se mandaron á Persia cinco jóvenes á estudiar lenguas orientales, cuyo conocimiento era indispensable para las relaciones diplomáticas, y aprendieron entre otras el tártaro, el árabe y el persa (8). Algunos se dedicaron en Holanda á la escultura; otros á la fabricación de ladrillos. Senzoff y Jeropkin marcharon á Italia á aprender la arquitectura, y Nikitin y Matweyeff á los Países Bajos á estudiar la pintura. Varios de estos artistas hicieron con el tiempo cosas verdaderamente notables (9). El número de los que deseaban ir al extranjero se iba aumentando mas y mas á pesar de la repugnancia con que habían salido los primeros. El hermano de aquel Conon Sotoff, mencionado mas arriba y que con tanto gusto seguía en Francia prestando al Czar servicios tan importantes, manifestó tambien el deseo de emprender un viaje á Francia con objeto de estudiar lo relativo á baños.

Nepluyeff, que, como hemos dicho, tuvo que emprender un viaje despues de casado, pidió al Czar que encargara al príncipe Kurakin, embajador ruso en Holanda, que cuidara de su hijo, joven de 10 años que iba á ir allá á estudiar en una «Academia de Ciencias» las lenguas modernas, la filo-

(4) Colección completa de leyes, núm. 2,896 y 2,997.

(5) Ssolowieff, XVI, 204.—Los jóvenes Repnins causaron al padre grandes gastos por las deudas que contrajeron y por su mala vida. Véase su carta al Czar. Se quejaba de que sus hijos le habían ya gastado 15,000 rublos, y que sin embargo no habían aprendido nada.

(6) Colección completa de leyes, núm. 3,058.

(7) Colección completa de leyes, núm. 3,682.

(8) Colección completa de leyes, núm. 2,978.

(9) Stählin, «Anécdotas», 1850, I, 1,000 y 66. Se hace mención de Matweyeff, Sacaroff, Merkurjef y Vasiliewsky, cuyos cuadros se colocaron en varias iglesias de capitales de provincia.

sofía, geografía, matemáticas é historia. Se decía tambien que Bestusheff, ministro de relaciones extranjeras durante el reinado de la emperatriz Isabel, había estudiado en un colegio de Berlin en tiempos del reinado de Pedro el Grande. Estos viajes tenían por objeto los fines mas variados; es decir, formar buenos marinos, expertos militares, sabios, artistas y empleados del Estado. La instrucción real siempre fué la que dominó. Toda esta variada instrucción de los rusos debe atribuirse principalmente á la que Pedro había recibido y á sus propias inclinaciones. En los años 1722 á 24 regresaron ya á su patria muchos jóvenes de los que se hallaban en Inglaterra, Holanda y Francia aprendiendo oficios. Había entre ellos carpinteros que se habían dedicado á especialidades; unos á hacer muebles de lujo, otros construían camas, sillas y mesas. Tambien había cerrajeros, fundidores, grabadores y constructores de instrumentos de matemáticas. Pedro ordenó que se les diese casa y el capital necesario para que pudiesen establecer sus talleres.

De esta suerte fueron muchos los rusos de todas las clases sociales que estuvieron en el extranjero durante el reinado de Pedro el Grande; y para todos ellos, su permanencia fuera de la patria no podía menos de formar época por lo mucho que allí habían aprendido. Los rusos, que en tiempos anteriores habían visitado el Occidente en calidad de diplomáticos, no habían tocado tan de cerca la influencia civilizadora de la Europa occidental como estos otros. Aquellos no eran hombres de Estado de sólida instrucción, sino noveles que cumplían con su misión de una manera rutinaria y sin ideas propias. En sus relaciones con los europeos del Occidente tenían que valerse de intérpretes. De haber residido constantemente habrían aprendido el idioma del país; pero viajaban únicamente para arreglar algun asunto diplomático, y así no era posible que adquiriesen grandes conocimientos filológicos. Diferentes por su lengua, traje y costumbres de todo lo que caracterizaba á la Europa occidental, los diplomáticos rusos, que se presentaban en Europa tan solo como viajeros, no podían menos de sentirse aislados. No había que pensar por consiguiente en que trataran de aclimatarse ni de emprender estudios serios relativos á la civilización de Occidente. Sus apuntes y diarios de viaje revelan, por regla general, un estudio ligero y superficial de las cosas de Occidente, si bien algunos de ellos, como Lichatsen, que visitó á Italia por los años 1658 y 59, y Potemkin que estuvo en Francia é Italia en 1667, descubren en sus observaciones un talento superior. Mucho tenían, sin embargo, que aprender los diplomáticos rusos en el extranjero. Lo que veían y lo que referían á sus compatriotas de su vida en los países que habían visitado no podía menos de contrastar con las ideas antes dominantes en Rusia, relativas á la vida política y social. Podía formarse juicio acerca de la situación rusa comparando á otros países con la madre patria, supuesta aquella imparcialidad que no podían tener los que nunca habían salido de su país. Si se estudiaban detenidamente las cosas de la Europa occidental, debía ocurrir naturalmente la pregunta de si Rusia adquiriría algun día aquella civilización, y á la vez sentirse excitado á pensar en la manera de trasladar á Rusia los elementos civilizadores de otros Estados.

Pero en los tiempos anteriores á Pedro tales ideas reformistas solo podían despertarse y desarrollarse de una manera casual; el estudio serio de la civilización occidental fué resultado exclusivo de los viajes, tales como los hicieron Pedro y todos los que le siguieron. Es verdad que muchos de los últimos estaban mal preparados para los estudios, que no tenían interés por la civilización de Occidente, cuyas enseñanzas debían utilizar, que carecían de aplicación y eran incapaces de adoptar mejores modales y mucho mas de ad-

quirir una instrucción universal. De muchas partes se quejaron de la brutalidad de los rusos que se hallaban en el extranjero, quejas que hacían poco honor á su país. El compañero de aquel Alejandro Petrowitz, que aprendió en Hannover con tanto éxito el latin y el alemán, era moralmente sospechoso y se dice que intentó dar muerte á Alejandro (1). Sotoff, de quien tratamos en otro lugar, se lamentaba en carta dirigida al Czar de que los rusos que vivían en Francia se conducían bárbaramente, y el mariscal D'Estrées, á quien solía visitar Sotoff, se quejó á éste de que los marinos rusos de Tolon tenían frecuentemente peleas, y se decían tales improperios que el mas tosco aldeano de Francia se avergonzaria de pronunciar. Las autoridades francesas les castigaron por esta causa, desamándoles. Uno de ellos, Gljeboff, infirió á su compatriota Borjatinsky una grave herida con la espada (no en desafío, sino en riña). Tambien el embajador ruso en Londres, Wescelowsky, bajo cuya inspección estaban los jóvenes rusos, escribía diciendo que no podía hacer carrera de ellos, y que no querían ir á los talleres ni obligarse á nada; antes bien deseaban regresar á sus casas, siendo inútiles los ruegos y las amenazas, confiados como estaban en que no podían ser castigados, dadas las leyes del país, á no ser por sentencia de los tribunales. Los que vivían en Inglaterra se distinguían tambien por su inclinación á las peleas. Uno de ellos sacó un ojo á un inglés y éste pidió una indemnización de 500 libras (50,000 reales próximamente). Otros quisieron matar al príncipe Lwoff, que tenía la misión de vigilarles desde Holanda, y se lamentaba amargamente de su difícil situación. Daba cuenta tambien de que los rusos contraían muchas deudas, para cuyo pago no serían suficientes 500 libras.

En Holanda pasaba otro tanto con los estudiantes rusos. Los que estaban aprendiendo á tipógrafos en el taller de Kopyewski no solo no pagaban los honorarios á su maestro, sino que además le robaron cuatro esferas, y estos casos se repetían con bastante frecuencia. El mismo Lwoff, que les vigilaba, fué acusado de defraudación de los fondos destinados á los rusos, y de haber sido objeto de burla por parte de los holandeses porque iba hecho un estrofalario y un miserable. De los Scheremetyeff que estudiaban en Venecia se decía que contrajeron tantas deudas, que al fin hubo que llevarlos á la cárcel (2).

Muchas veces era la falta de fondos la que ponía en mala situación á los estudiantes rusos. Ya en 1698 sucedió que el elector de Brandeburgo tuvo que mantener á los rusos que vivían en Berlin y adelantarles dinero (3). No todos los que estaban fuera de su patria se hallaban en tan buena situación como aquel joven á quien su padre daba tan buenos consejos, pues este tenía asignados por su familia 1,200 escudos anuales (4). Casos hubo en que se hallaron los rusos del extranjero en la mas extrema necesidad; así Ragusinsky que estaba en Francia, y desde hacia tiempo no había recibido fondos de su casa, se vió expuesto á malos tratamientos y estuvo en la cárcel por deudas. Las cartas que los que estudiaban en Francia dirigían al Czar y á su secretario particular Makaroff, dando cuenta de su precaria situación, eran muy lastimosas (5).

Nada favorable era, pues, la impresión que causaban los rusos en el extranjero, pues ni siquiera podían presentarse con decencia. En cuanto á estudios, tampoco se tenía de

(1) Véase la carta de Röbers á Leibnitz en Guerrier, pág. 34.

(2) Véase el escrito anónimo en Ssolowieff, XVI, 406.

(3) Véase la carta de Lefort á Pedro en Ustrialoff, IV, 583.

(4) Véase la edición de Pogodin de los escritos de Possoschkoff, I, 302, con el extracto del presupuesto de aquella cantidad.

(5) Entre ellos estaba el negrito de Pedro Abram, abuelo del poeta Puschkin. Pekarsky, I, 158-163 y siguientes.

ellos elevada idea. En Holanda se decía que de los voluntarios rusos que habían ido con Pedro, solo el príncipe Alejandro de Imeretia había aprendido algo; los demás nada, excepto Pedro que lo había aprendido todo (1).

Los extranjeros que vivieron largos años en Rusia en tiempos posteriores al gobierno de Pedro, observaron que los viajes de los rusos al extranjero no habían sido de ninguna utilidad. Entre otros Weber decía, que lo único que habían aprendido en el extranjero era lo malo, y que con esto habían aumentado considerablemente sus defectos y sus vicios, ya muy grandes. Concedía que algunos habían encontrado entre los alemanes amor y estimación á causa de sus finos modales y de su vida arreglada; pero que la generalidad de ellos, que todavía eran algunos miles, recordaban las antiguas metamorfosis, pues la mayor parte, apenas regresaban á su patria, se despojaban del barniz de civilización que habían tomado; y que la instrucción técnica, para la que los rusos siempre se mostraban dispuestos, agotaba su espíritu para las demás cosas (2). Vockerodt decía: «que si un ruso joven y noble estuviera mucho tiempo en países extranjeros y se acostumbrara á una conducta buena y galante, volvería á las andadas tan pronto como regresase á su país; de suerte que aquellos que le hubiesen visto en el extranjero no le conocerían un año después en su casa (3).»

Es indudable que por la falta de instrucción doméstica, por las preocupaciones nacionales y religiosas que dominaban á los rusos y por la grande oposición á las reformas de Pedro, aunque pasaran algunos años en país extranjero no podían cambiar mas que las formas exteriores, pero no lo esencial; es decir, las ideas y los principios generales.

Mas ya era de mucha importancia que los rusos, después de una larga estancia en el extranjero, adquiriesen cierto barniz exterior y pasajero con el que habían de influir hasta en los salvajes habitantes del Asia. Ya podía mirarse como un resultado favorable que adquirieran con sus viajes cierto *savoir faire*, y cierto *savoir vivre*, por virtud del cual ocultaran sus groseros modales y aprendieran á conocer los deberes de la buena sociedad. Después de dar este paso en su cultura exterior, vendría con el tiempo la cultura interior y hasta la sólida instrucción para alcanzar pronto una civilización superior. Hay, además, muchos ejemplos que prueban el rápido progreso que hacían los rusos en el extranjero. Así, el hijo del embajador ruso en Polonia, Tjapkin, pudo un día saludar al rey Juan Sobieski con un discurso en latín, en el cual dió las gracias por la instrucción que había recibido en Polonia.

Tolstoi y Nepluyeff aprendieron tan perfectamente el italiano, que ya por ello se hicieron mas aptos que otros para desempeñar la embajada de Constantinopla. Tatishcheff, después de estar largo tiempo en el extranjero, aprendió idiomas y ciencias, y cuando se halló en la frontera de Siberia dirigiendo unas minas tomó á su servicio dos estudiantes con los cuales se perfeccionó en el latín, francés, sueco y alemán.

Las cartas y memorias de muchos viajeros rusos están sembradas de palabras italianas, francesas, españolas y de expresiones técnicas con que se enriqueció la lengua rusa.

Grande fué la influencia que ejerció en el pueblo de Rusia la civilización de Occidente, obligándole á la admiración y al reconocimiento. Un ruso que había estado en Dinamarca de embajador, se burlaba á su regreso de los defectos y brutalidad de sus paisanos y principalmente de su ignoran-

(1) Meermann, Discours, etc.

(2) Weber, Rusia transformada, I, 12.

(3) E. Hermann, Relaciones de la Rusia contemporánea de Pedro el Grande. Leipzig, 1872, pág. 107.

cia (4), y el boyardo Boris Scheremetyeff. que después de larga estancia en Viena é Italia volvió á Rusia en 1698, odiaba ciertas costumbres de los rusos; por ejemplo, las comidas y bebidas inmoderadas que celebraban en las exequias fúnebres. Imitaba las finas costumbres de la Europa occidental y conversaba con agrado con los extranjeros; llevaba con gracia y donaire el traje de los europeos de Occidente y mostró un gran *savoir vivre* en los círculos diplomáticos. De él se burlaban á su vez sus paisanos, los cuales decían que se inclinaba al catolicismo. Puede suponerse que su amor á la Europa occidental no era fingido; es decir, que no le mostraba por ganarse el favor de Pedro, sino espontánea y sinceramente (5). De su compañero Kurbatoff, hombre que tanto influyó en las reformas mas esenciales, como la abolición del patriarcado, fomento de la instrucción pública y en las grandes economías, puede en verdad decirse que su permanencia en Italia, principalmente en Venecia, fué para él un campo fecundo en conocimientos y una escuela política.

El nuevo y amplio horizonte intelectual que creaban los viajes al extranjero, no podía menos de producir un cambio radical en las ideas, en sus diferentes relaciones. El orgullo nacional, el exclusivismo ó sea el chinismo ruso, quedó muy quebrantado con estos viajes. Solo por la contemplación inmediata de la Europa occidental era posible formarse una idea del estado político y social de otros países, de la riqueza popular, de las aspiraciones del arte, de los trabajos científicos y de las costumbres de otras naciones, y comprender así la familia de la Europa occidental. Mientras que los rusos estaban acostumbrados á señalar como «Nyemzy» á todos los no rusos, y cuando mas á distinguir solamente los «Nyemzy franceses» de los «Nyemzy holandeses, etc.», sus viajes tenían que enseñarles las particularidades de las distintas nacionalidades. Tales estudios psicológicos de los pueblos podían introducir seguramente grandes cambios en el carácter nacional. Los rusos acostumbraban á tener por herejes á todos los que no eran ortodoxos, y solo una larga permanencia en países católicos y protestantes podía hacerles comprender la diferencia de las confesiones y sus influencias civilizadoras.

Tal estudio práctico no podía menos de ilustrar las ideas de muchos de ellos, debilitar las preocupaciones y despertar la convicción de la necesidad de entrar en las vías del desenvolvimiento histórico de la Europa occidental. Que los mismos rusos eran capaces de entusiasmarse por la Europa de Occidente; que olvidaban su regreso á la madre patria y mudaban de fe, lo prueban los siguientes ejemplos. Uno de ellos abandonó á sus compañeros de Venecia y escapó á Ginebra, donde esperaba hacerse calvinista (6) y otro se hizo católico en Venecia algun tiempo antes, á instancias, según se dice, de los jesuitas, los cuales le habían asegurado que la única diferencia entre la Iglesia griega y la católica romana era la unidad y mayor instrucción de esta última. Tal vez el mismo entusiasmo del joven por los estudios, los libros y la ciencia serian el principal motivo de su conversión (7). Estos casos se repitieron. Entre los bufones de la corte de la emperatriz Ana hubo dos infelices que en tiempos de Pedro se habían hecho católicos en el extranjero y en castigo de su defección fueron degradados á la mísera condición de bufones oficiales (8).

(4) Véase el escrito de Kasansky sobre el Pseudo-Demetrio en el «Mensajero ruso.» 1877, pág. 483.

(5) Korb, *Diarium itineris* de 22 de febrero y 21 de marzo de 1600.

(6) Véanse las cartas de Lelort á sus parientes, Posselt, II, 466-468.

(7) Según las actas de un proceso, Ssolowiew, XIV, 322.

(8) Véase el tratado sobre la vida de la corte bajo el reinado de Ana en la revista «Ruskaja Starina,» 1876, cuaderno del mes de marzo. Lo

También hubo ejemplos de rusos que prefirieron quedarse en el extranjero á regresar á su país, como lo hicieron los jóvenes enviados al Occidente en tiempo de Boris Godunoff. Nepluyeff cuenta que uno de sus compañeros, ya en camino para Rusia, se escapó con un fraile mendicante que iba al monte Athos, y otro se marchó al ejército dinamarqués.

Si registramos los diarios de viajes que aun se conservan, pertenecientes á la época de Pedro, particularmente la relación del viaje de Tolstoi, correspondiente á los años 1697-1699, y la autobiografía de Nepluyeff, podremos formarnos una idea de la variedad de impresiones que causaban los viajes, y de las cuales participaban, por lo menos, los rusos inteligentes. Tales documentos constituyen en parte la literatura de aquel tiempo.

La descripción de la Odissea del último, está escrita en el tono seco del comerciante, que es la balanza de los negocios. Una buena parte la forman los gastos de viaje y de permanencia en los diferentes países, datos que pueden ofrecer interés si se quiere conocer la historia de los precios, pero que no revelan gran talento de observación. Que tenia poca instrucción Nepluyeff é ideas no muy elevadas, cuando sus pendió su viaje, se conoce por la circunstancia de que en sus relaciones no habla nunca del carácter de los pueblos que visitaba, no sabe dar cuenta de las impresiones que recibía; nada hay en él que revele reflexión, nada que manifieste interés por los nuevos hombres que trataba, ni por las nuevas cosas que veía. Cual escrupuloso tenedor de libros anotaba puntualmente el día y hora de sus llegadas y salidas de cada población, las distancias y los gastos que hacia, ya en las fondas, ya en los caminos; pero sobre la situación de la Europa meridional, donde estuvo tanto tiempo, de las cosas de Alemania y Holanda por cuyos países viajó, no dijo una palabra en sus memorias. La relación de sus viajes prueba el mas perfecto abandono de sí mismo y caracteriza al servidor pagado de la corona.

Otra cosa es el diario de viajes de Tolstoi, el cual emprendió sus expediciones en edad mas madura, y reunía á un talento muy superior un marcado interés por las cosas mas heterogéneas. Este describe las iglesias y los conventos que visitó en Polonia, Viena é Italia, las reliquias que admiró y el oficio católico á que asistió. Examinó con gran detención las casas de los magnates polacos, sus disposiciones del interior, sus muebles y objetos de lujo y hasta las cosas mas insignificantes. A propósito de una visita que hizo en Varsovia al Nuncio apostólico, da pormenores del traje del embajador y de los tapices que adornaban su casa; habla de las fábricas de fundición de Silesia, de los artefactos para las aguas, de un reloj de torre muy complicado que había en Olmütz, de las viñas y huertos situados en el camino de Viena, de los magníficos parques y fuentes de Schönbrunn y del grandioso hospital que visitó en Viena y que tanto le llamó la atención. De Italia admiraba los deliciosos jardines, el lujo de sus palacios y la industria y bella construcción de sus acueductos. Le encantaba la excelencia de las fondas por el buen trato, limpieza, ricos y cómodos muebles. Censuraba la carestía de los alimentos en Mohileff, alababa la baratura de los tejidos de la Italia del Norte, y decía que Moravia y Silesia eran países mas ricos que Polonia. La Academia de Olmütz, una sesión de los tribunales en Venecia, la biblioteca de un convento de capuchinos, los frescos y el órgano de una iglesia de Padua, un manuscrito de San Ambrosio, un picadero, un jardín botánico de Padua, una obra de matemáticas, los grabados de Milan, las monedas y artillería

mismo escribieron Apraxin y Golyzin, el nieto del ministro de la regente Sofía.

de Ragusa, una regata de Nápoles. una ballena que vió en su viaje á Malta, todas estas cosas llamaron mucho su atención. Diseminados en sus relaciones se hallan juicios y reflexiones psicológicas, cuestiones internacionales y cuadros de costumbres. Censuraba con severa acritud la estupidez de los polacos porque no construían un puente en Varsovia sobre el Vistula á pesar de que todos los años se ahogan muchas personas en aquel río; se burlaba de ellos porque en materias de gobierno no sabían hacer nada si no andaban en peleas y asonadas. Comparaba en Italia á los milaneses con los venecianos, y decía de los primeros que eran mas amables que los segundos. Cuánta era su atención por tales cosas, que contra-taban con las de Rusia, se colige de las siguientes observaciones. En Polonia le chocó mucho que las señoras se presentasen en público y salieran á la calle descubiertas, sin que esto fuese mal visto. En Viena vió una procesion en la cual el emperador iba solo; es decir, sin que nadie le sostuviera de los brazos, y esto lo refiere como una cosa notable, pues en tales casos el Czar de Rusia iba siempre llevado del brazo. Le parecia cosa extraña el libre comercio del tabaco; que los venecianos no tuviesen costumbre de embriagarse, pues en vez de beber aguardiente, bebían limonada y tomaban chocolate; que en los juegos de azar de Venecia no se hiciera ningun fraude, y que en las sesiones de los tribunales de Napoles todo marchara con el mayor orden, hablando con gran comedimiento los jueces, acusadores y acusados. El grandioso espectáculo de una tempestad marítima que presenció en su viaje á Zara, la vista de altas montañas que por su elevación le parecia que tocaban en las nubes, y el aspecto imponente de un antiguo anfiteatro, fueron cosas tan nuevas para él como la alegre vida de los italianos que con tanta minuciosidad describe. Habla del continuo movimiento de la gente por calles y plazas en las ciudades de Italia, y de las muchas góndolas de Venecia. Dice que en esta última ciudad había lo menos 400 médicos y que muchos extranjeros iban allá por recreo. Describe las fiestas populares, el procedimiento de los improvisadores y charlatanes de las plazuelas que se apostaban en la plaza de San Marcos, la multitud apiñada que paseaba por los sitios públicos de Nápoles; habla de los teatros y dice que cada obra que ponían en escena costaba 4,000 ducados. De una manera especial llamó su atención la alegre vida de Italia, donde imperaba la libertad y el pueblo no era oprimido con onerosos impuestos.

Se ve pues que para los inexpertos rusos se había abierto un nuevo horizonte con los viajes; que el cielo alegre de Italia, la protección del derecho de que disfrutaba el pueblo, sus finos modales, la riqueza de la nación y las nobles formas del trato social, debían aparecer como un bello ideal para los orientales, acostumbrados á un clima frío, á un despotismo opresor por parte de los gobernantes y á un trato bárbaro en las clases sociales. ¿Qué podía significar aquel estudio náutico técnico que Tolstoi hizo en Italia al lado de las impresiones recibidas en las relaciones políticas y sociales, enteramente nuevas para él, de la libertad y civilización apenas inteligibles para un ruso, de aquella vida de los italianos embellecida por la ciencia, el arte y la riqueza popular?

El mismo viaje que Tolstoi, hizo después el boyardo Boris Petrowitz Scheremetyeff, el cual como viajero distinguido, y tal vez con una misión diplomática relativa á la cuestión de Oriente, pasó en Italia dos años (1697 y 1698) y llegó como Tolstoi á Malta, donde fué recibido por los caballeros de la orden con respeto y distinción, siendo el primero de los rusos que regresó á su país condecorado con la cruz de aquella orden. No era viajero de estudios, sino que viajaba, como dice su pasaporte, «por gusto, para ver países y naciones

extranjeras,» al paso que su hermano menor y varios amigos rusos que encontró en Italia viajaban como subvencionados por el Estado para estudiar. Pero el diario de este viajero puede muy bien compararse con el de Tolstoi que nos ha ocupado, pues abunda en las impresiones y variadas noticias que recogió en el viaje (1). Mucho debió ganar el boyardo en conocimientos con el trato inmediato del rey Augusto de Polonia, del emperador Leopoldo, de los senadores venecianos, del papa y de los caballeros malteses, trato que debió ser tanto más instructivo cuanto que no tenía aquella etiqueta levantada y aquellas ceremonias que se observan en las relaciones diplomáticas. Le encantó también la bella naturaleza de Italia; describe los terremotos, las erupciones del Vesubio y del Etna; las fuentes termales de Baden, cerca de Viena; observa que el estilo arquitectónico de la ciudad de Florencia se diferenciaba del de Roma y Venecia; habla de las tierras de aluvion de Estiria y del Tirol, admira los ricos cuadros, armas y alhajas del museo florentino; pero no dice nada de la vida popular, de las diversiones y fiestas de los italianos que tanto llamaron la atención de Tolstoi, ni de la plaza de San Marcos: y habla poco de la catedral de San Pedro, si bien describe otras iglesias, entre ellas la «capella dei principi,» entonces en construcción en Florencia. Dedicó también especial atención a describir los conventos, las casas de beneficencia, los hospitales, orfanatos y escuelas. Asistió también a los ejercicios de esgrima, gimnasia y baile celebrados en el colegio de jesuitas de Nápoles, donde fué recibido con grande solemnidad y saludado con discursos latinos. A pesar de todo, se cree que Scheremetyeff observó menos que Tolstoi. No hay en su diario de viaje aquellas noticias psicológico-internacionales que dan realce a las relaciones de Tolstoi. En cambio describe con grande extensión las reliquias de los santos, cosa muy general en otras relaciones, y que prueba que la instrucción de los rusos, principal ó exclusivamente teológica, ofrecía más puntos de contacto con este orden de curiosidades; habla de la casa santa de Loreto, de las manchas de sangre que hay en la escalera de mármol por la cual anduvo el Salvador después de la flagelación; de las reliquias de San Andrés de Amalfi, de la sangre de San Genaro en Nápoles, del líquido de las reliquias de San Nicolás conocido todavía hoy por los viajeros rusos con el nombre de «maná di Bari» y de otras muchas cosas a este tenor. Era Scheremetyeff más antiguo y por decirlo así tenía menos parentesco intelectual con Pedro que Tolstoi y otro viajero de quien hemos hablado en otro lugar y que tenía las aspiraciones enciclopédicas de Pedro.

Este desconocido, que estuvo algún tiempo en Holanda como agregado (2) al séquito de Lefort y era de las personas más distinguidas de la embajada, la dejó en Holanda y emprendió por cuenta propia un viaje parte arriba del Rhin, y después por la Alemania del Sur y los Alpes a Italia, desde donde volvió a Rusia por Holanda y Berlin. Ninguno de los otros viajeros anteriores a él tuvo tanto tiempo para informarse de todas las cosas notables, de los usos y costumbres de la Europa occidental; ninguno dedicó tanta atención a los objetos de la ciencia y del arte como este desconocido (3). No dice en su diario cuál fué el fin especial de su viaje, ni cuál era su posición social; todo lo cual hace suponer que era un viajero por afición. Sin embargo es posible que el Czar le en-

(1) Se publicó conforme al manuscrito del hijo de Scheremetyeff el año 1773.

(2) El mismo se llamaba «Pristaw,» que puede traducirse muy bien por «agregado.»

(3) Su diario fué publicado con muchos descuidos en el «Noticiero de Moscou,» 1830, tomo II. Véanse más detalles en mis Estudios históricos, pág. 23-25.

viara a Italia para estudiar. Como verdadero viajero de afición, describe las cosas dignas de ser vistas en la acepción general de la palabra y habla de las más heterogéneas. En una botica de Stuttgart vió algunas cabezas de moros conservadas en espíritu de vino procedentes del sitio de Viena del año 1683; en Wiesbaden aprendió todo lo relativo a baños hasta en sus más insignificantes detalles; describe los trajes de las mujeres de Suabia; dice que los ricos de Jena se hacían llevar en litera por las calles; asistió en Amsterdam y Venecia a algunas corridas de toros; en varias otras ciudades a las procesiones, óperas, luchas de hombres que boxeaban y a una recepción del grado de doctor; admiró el espectáculo que ofrecía el papa llevado por ocho hombres en magnífica silla de manos; le entusiasmaron los conciertos celebrados en las iglesias y las producciones musicales; menciona los nombres de algunas cantantes de primer orden, habla de la composición de una orquesta, de las setas que se cortaron cerca de Bolonia, de las fuentes artificiales, parques, estatuas de mármol y edificios magníficos de Florencia y Roma, del príncipe Borghese en Frascati y de la casa de campo del príncipe Pamfilii. Ningun viajero describe con tantos detalles como este desconocido, los preciosos muebles de los ricos holandeses, alemanes y principalmente italianos; le tenían encantado los tapices y ricos espejos que adornaban las habitaciones de los embajadores imperiales en Amsterdam y los de la casa de un senador de Florencia; los ocho dormitorios de uno de los cardenales de Roma; la elegancia de los equipajes del embajador español y los vasos de cristal del elector de Brandeburgo. Notable por más de un concepto es la descripción que hace este desconocido del museo anatómico que vió en Holanda; enumera los huesecitos del órgano del oído; explica el efecto del espejo ustorio, menciona el tamaño de algunos telescopios, el arreglo de bibliotecas, etc. Por último, al lado de su ociosa afición por verlo todo, y de su entretenimiento en los teatros de títeres y en las comedias de perros, encontramos pruebas evidentes de su admiración a las obras del arte, de su deseo de examinar y proseguir las investigaciones científicas, y de la capacidad de su mente para aprovechar los beneficios de la instrucción intuitiva que ofrecen los viajes.

Tales impresiones no podían menos de dar abundantes frutos, según que la mayor ó menor inteligencia y el buen gusto de los viajeros les inclinaban más ó menos a la reflexión sobre la diferencia de civilización entre Rusia y la Europa occidental y despertaran en ellos la afición a la ciencia. Si muchos rusos como Scheremetyeff dirigían su atención principalmente a los asuntos de la vida intelectual, otros como Tolstoi eran capaces de comprender y apreciar el sentido y el espíritu de la vida profana de los pueblos occidentales. Si varios de los rusos que viajaban por Italia, como el autor de un diario de viaje del año 1717, que nos hace suponer sería un Naryschkin, se limitaban en sus descripciones a hablar de la vida de los salones ó de las cortes, ó de tales ó cuales particularidades de la Europa occidental, otros consideraban de suma importancia el estudio de las instituciones más notables de los países más civilizados. Bajo este punto de vista es del mayor interés el diario de viaje de Andrés Matweyeff, que estuvo de embajador en Holanda y Francia en 1705, y manifiesta gran admiración por las costumbres francesas, por la instrucción de aquel pueblo y por sus instituciones (4). Estaba admirado de que el rey no se permitiera actos de fuerza bruta, de que no se ejecutaran arbitrarias confiscaciones de bienes, y de que los príncipes y los nobles señores no

(4) Su relación se halla en un manuscrito en la biblioteca imperial de San Petersburgo. Véase el escrito de Pekarsky en la revista «El contemporáneo,» 1856, lib. II, pág. 39-66.

podieran oprimir al pueblo, porque cada uno estaba bien retribuido y no se permitían los regalos. Habla con minuciosidad de los medios de instrucción en los altos círculos de la sociedad francesa, y dice que los hijos de los ricos estaban bien instruidos y educados; que estudiaban matemáticas, geografía, geometría, aritmética, ejercicios militares, equitación, baile, canto, etc., y que las señoras recibían también una educación muy esmerada; que no se miraba mal que fueran a todas partes, que tomaran parte en las diversiones sociales, que ejecutaran piezas teatrales en casas particulares, cosa que además exigía la correcta pronunciación del francés. Describe las asambleas, las visitas, los bailes y mascaradas, el lujo que desplegaban las señoras, y califica de diversion amena y fina el arte de conversar entre señores y señoras.

De esta manera tuvieron los rusos del período de la transición el aprendizaje más variado. Aunque se les dirigía a la adquisición de habilidades técnicas y por lo tanto a un fin limitado, como les sucedía al mismo Pedro y compañeros en un principio; sin embargo no podían menos de adquirir la afición a educarse, desarrollarse y transformarse.

Que los rusos, aunque no todos, aprendieran a conocer y admirar la Europa, ellos que antes odiaban y despreciaban todo lo que no fuera ruso, era ya un progreso de importancia. No todos utilizaron de igual modo aquella enciclopedia de conocimientos que les suministraban los viajes. El discípulo más aprovechado de la Europa occidental fué seguramente el Czar, y esta circunstancia decidió grandemente de la historia de la Europa oriental. Pero que también otros contemporáneos de Pedro sacaron partido de tales viajes, y que estos produjeron abundantes y ricos frutos, lo prueban los ya mencionados diarios de viajes de Tolstoi, Matweyeff, etc., etc.; lo prueba asimismo el rápido desarrollo que alcanzó Rusia con su descentralización después de aquellos viajes de estudio del Czar y de sus subvencionados; y por último lo demuestra la actividad de los Tatishcheff, Kurbatoff y demás compañeros de aquel príncipe. El objeto principal se realizó solamente en parte, pues posteriormente faltaron hábiles marinos rusos; pero se llevaron consigo algo más que el conocimiento de la náutica; el germen de una civilización superior, el conocimiento de ideales más elevados que el chino-bizantino, el naciente convencimiento, que se iba poco a poco desarrollando, de que Rusia era solidaria con Europa y debía también trabajar en la civilización general y en el progreso de la humanidad que está por encima de todas las preocupaciones nacionales y religiosas.

CAPITULO III

LOS EXTRANJEROS EN RUSIA

A los rusos que se dirigían al extranjero correspondían los extranjeros que iban a Rusia, dando con esto lugar a un cambio internacional. No bastaba que los súbditos de Pedro se instruyesen un par de años en la Europa occidental; se necesitaban también maestros en el propio país. Centenares de técnicos, artesanos, marinos, militares, ingenieros, etc., etc., fueron allá de la Europa occidental en tiempos de Pedro el Grande.

Pero este fenómeno no era tan nuevo como la aparición en masa de viajeros de estudio en la Europa occidental. En esto hizo Pedro, aunque en mayor escala, lo que ya habían hecho sus predecesores. El llamamiento de extranjeros, en gran número, había sido cosa corriente en tiempos anteriores. A esta colonia de extranjeros tenía mucho que agradecer el Czar; pues él fué un verdadero discípulo del arrabal alemán establecido en Moscou.

Según la nacionalidad y clase de extranjeros que predominaban en Rusia y según su influencia, puede dividirse la historia del país en diferentes períodos. En primer lugar hubo «waregas.» Los primeros príncipes quizá fueron escandinavos, ó de la misma procedencia que los rusos; es decir, eslavos del Báltico meridional, pero extranjeros. Después llegaron del imperio bizantino los griegos, los cuales, ya como eclesiásticos y maestros, ya como escritores y sabios, dominaron é influyeron en los círculos sociales; posteriormente vinieron los tártaros que desplegaron su esfera de actividad como empleados de administración é inspectores, como hacendistas y agentes de los Khanes; y por último, es decir, desde el siglo xv, se llamaron de Italia en tiempo de Ivan III, arquitectos, ingenieros, fundidores de campanas, joyeros y médicos. También se necesitaron artilleros extranjeros para la guerra contra los tártaros. Aristóteles Fioraventi de Venecia enseñó en Moscou la fabricación de ladrillos, la preparación del cemento, el empleo de máquinas; fundió cañones y echó un puente sobre un río cerca de Novogorod. Nicolás de Spira, auxiliado de Jordan de Hill, salvó a Moscou por medio de la artillería en el valle del Rjasan cuando la invasión de los tártaros en 1521. En el año 1547 envió Ivan IV un agente al extranjero para contratar médicos, boticarios, cirujanos, abogados, arquitectos, carpinteros, ingenieros, mineros, picapedreros, cerveceros, fundidores de campanas, cuchilleros, fabricantes de corazas, etc., etc. En tiempos de Boris, Miguel, Alejo y Fedor llegaron más mineros, fabricantes de paños, relojeros, joyeros, y aun se pidieron picapedreros. Cuando se trató de construir un buque en 1668 se buscaron carpinteros de ribera, fabricantes de velas y marinos. El trono del czar Miguel lo hizo un carpintero de Nurenberg.

Las minas fueron dirigidas exclusivamente por extranjeros. Los ingleses explotaron en el reinado de Ivan IV las de hierro sobre el Wytschegda y buscaron por encargo del gobierno minas en los alrededores de Perm. Los holandeses dirigieron en tiempo de Alejo la explotación de las minas de cobre de Olonetz y los trabajos de las herrerías de Tula y Kaluga; los ingleses establecieron cerca de Colmogory grandes cordelerías y los alemanes poseían fábricas de papel, de paño, de cristal y de pólvora cerca de Moscou. Los Czares tenían costumbre de pasar horas enteras en los talleres viendo los delicados trabajos de los joyeros y plateros extranjeros (1). También los Rothschild de Rusia del siglo xvi y xvii, los Stroganoffs, llamaron del extranjero médicos y boticarios, cirujanos y artesanos.

Tratándose sobre todo de negocios que exigían un cálculo complicado, un estudio más serio y grande instrucción, como el comercio é industria al por mayor, las relaciones internacionales y la dirección de correos, no podían los rusos pasarse sin la ayuda de extranjeros. Ya dijimos en otro lugar que conocían mucho antes del 1553 el camino marítimo del mar Blanco por Noruega sin que le utilizaran para el comercio (2). En cambio los ingleses, después de la fecha indicada, y los holandeses posteriormente, absorbieron todo el comercio exterior del imperio. Rusia comprendió cuánta ventaja y utilidad le proporcionaban las relaciones comerciales de los europeos de Occidente con Persia por sus propias vías. Un sueco decía, a propósito de la falta de industria de los rusos, que, ó Dios no había querido darles a conocer las excelentes condiciones de su país, ó que ellos no las habían sabido apreciar (3).

Más necesarios eran todavía los extranjeros para los tra-

(1) Fletcher, of the Russe Commonwealth, pág. 26 (edición rusa).

(2) Hamel, Los ingleses en Rusia. San Petersburgo 1865, pág. 12.

(3) Kilburger, Breve instrucción sobre el comercio ruso, en Büsching, Magazin, III, 247.